

siado sustanciales y demasiado persistentes, para que hayan podido desvanecerse completamente en una traduccion que nos hemos esforzado en que sea al ménos fiel. Los cristianos que miran con predileccion la elocuencia sagrada, sean los que fueren, podrán convenirse de que la fe sincera que hizo del ilustre Teatino una antorcha capaz de iluminar y de esparcir el calor, era en el fondo el gran secreto de su poderosa elocuencia.

EL ABATE FALCIMAGNE,

De la Academia de la Religion Católica de Roma.

---

---

## HOMILÍAS

SOBRE LAS

### PARÁBOLAS DE N. S. JESUCRISTO.

---

#### PRIMERA HOMILÍA

PARA EL MIÉRCOLES DE CENIZA.

---

EL TESORO ESCONDIDO,

Ó EL PRECIO Y LA IMPORTANCIA DEL SERVICIO DE DIOS  
Y DE NUESTRA SALVACION.

*Aperiam os meum in parabolis. Eructabo abscondita à constitutione mundi. (MATH., cap. XIII.)*

Abriré mi boca para referir parábolas. Revelaré las cosas ocultas desde la creacion del mundo.

Con tanta elegancia y gracia como profundidad, el Profeta habia dicho en otro tiempo: « Señor, el esplendor de vuestra faz radiante se ha reflejado sobre nosotros » (1).

De ese modo el Profeta nos mostraba lo que es el conocimiento producido en nosotros por la fe, que no es más que un reflejo de la luz de la inteligencia divina iluminando la inteligencia humana. Mas como la inteligencia humana ocupa el rango más bajo en la serie de las inteligencias, como es débil, enfermiza y se halla aprisionada en un cuerpo, era necesario, segun San Dionisio Areopagita, que el rayo divino que viene á despertarla, iluminarla y vivificarla, la llegase envuelto en una forma y una cubierta corporal. Era preciso que la divina Sabiduría con una

(1) Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine. (Ps. 4.)

bondad afectuosa y enteramente paternal descendiese hasta nosotros, y por medio de las cosas sensibles y humanas que nos son familiares, nos instruyese de las cosas espirituales y divinas (1).

Pues bien, eso es justamente, añade San Gregorio, lo que hizo nuestro divino Maestro, que vino al mundo para iluminarnos por la manifestacion de su celestial doctrina, y para rescatarnos por la efusion de su preciosa sangre. Nos ha presentado las cosas celestes en parábolas, semejanzas y alegorías tomadas de las cosas de la tierra, y por ese medio nos ha tendido, por decirlo así, una mano afectuosa, para que nuestra inteligencia, todavía infantil, por una senda fácil y firme, sin esfuerzos ni fatiga, llegase á elevarse desde las cosas del orden natural y visible, hasta las cosas del orden sobrenatural que se escapan á la vista (2).

Por otra parte, como las cosas sensibles están continuamente á nuestra vista y su nombre en nuestros labios, no podemos verlas ni hablar de ellas sin acordarnos de las cosas espirituales de que Jesucristo ha encontrado en ellas la figura y la imágen. Así, cuando se dignaba darnos sus sublimes lecciones por medio de parábolas, alegorías y figuras, queria, dice San Jerónimo, hacérselas más fáciles, no sólo de concebir, sino hasta de retener (3).

Hé aquí, pues, como el Profeta habia predicho, hé aquí el gran designio que se habia propuesto el Señor, cuando hablaba á los hombres el sencillo lenguaje de las parábolas y de las figuras: quiso, por ese medio, hacer inteligibles al espíritu, y grabar mejor en el corazon los grandes secretos de su sabiduría y de su tierno amor, que habian quedado desconocidos á los hombres desde el origen del mundo. «Abriré mi boca por la narracion de las parábolas: revelaré los secretos que han permanecido ocultos desde la creacion del universo» (4).

(1) Neque enim aliter fas erat infirmitati nostræ lucere divinum radium, nisi his quæ nobis familiaria sunt providentia paterna naturæ mortali sese accommodante vestitum. (*S. Dion.*)

(2) Cælorum regnum ideo terrenis rebus simile dicitur, ut ex his quæ animus novit surgat ad incognita quæ non novit. (*Ibid.*)

(3) Ut quod per simplex præceptum non potest, per similitudinem et exempla teneatur. (*S. Hieron.*)

(4) Aperiam in parabolis os meum, eructabo abscondita à constitutione mundi. (*Matth.*, XIII; *Ps.* 77.)

Tal será, pues, el interesante programa de nuestras predicaciones en este año: despues de haber comentado los principales milagros operados por Nuestro Señor, me propongo este año interpretar las principales alegorías y parábolas de sus discursos.

Al comenzar hoy por la alegoría del Tesoro enterrado ó escondido, y agregando ó refiriendo á esa alegoría lo que el Señor dice en el Evangelio de este día sobre la adquisicion de las riquezas, quiere demostrarnos que servir á Dios y salvarse, es el verdadero tesoro escondido, el verdadero tesoro que debemos procurar encontrar en el cielo, en premio del sacrificio de todos los bienes de la tierra (1).

Padre Eterno, que os complaceis en revelar los misterios y las doctrinas de vuestro Hijo á las inteligencias humildes, á las voluntades dóciles, á los corazones sinceros, á los deseos fervorosos, y que los ocultais á la curiosidad presuntuosa, á la vana ciencia, á la doblez y al orgullo (2), os suplicamos, Señor, por los méritos de ese mismo Hijo, por la intercesion de su Madre la Virgen María, y del príncipe de los Apóstoles, en este tiempo de luz, de misericordia y de perdon, que nos concedais á todos esa inteligencia práctica de las grandes verdades que vuestro Hijo ha recibido en vuestro seno, y que nos ha revelado en su Evangelio: verdades tan indispensables para la regla de nuestra vida, para nuestro consuelo en la muerte, y para la adquisicion de la bienaventuranza eterna.

¡Espíritu Santo!... Dignaos hablar por mí á estos oyentes, á fin de que sus disposiciones y vuestra gracia suplan al talento y á la uncion que me faltan, y que mi ministerio, llegando á ser la continuacion del vuestro, se convierta en gloria de Dios y salvacion de las almas.

PRIMER PUNTO. El Señor habia en este día recomendado la oracion para humillar el espíritu; el ayuno para mortificar la carne; la limosna para triunfar del apego á los bienes exteriores, y habia tenido mucho cuidado de recomendar el secreto en todas esas obras, para que la vanidad no viniese á corromper sus frutos, y hacernos perder el mérito y la recompensa. Queriendo

(1) Nolite thesaurizare thesauros in terra; thesaurizate autem vobis thesauros in cælo. (*Matth.*, VI.)

(2) Abscondisti hæc à sapientibus et revelasti ea parvulis. (*Matth.*, XI.)

ademas indicarnos la intencion y el objeto que debemos tener siempre ante nuestra vista en la práctica de esas obras, dijo con tono solemne á la par que triste y severo: Creedme, no os afaneis tanto en acumular tesoros sobre la tierra, en donde se hallan expuestos á enmohecerse y á la rapacidad de los ladrones (1); sino por el contrario, procurad acumular tesoros para el cielo, en donde los gusanos no los pueden roer, el moho no los puede descomponer, y ningun ladron los puede arrebatár (2). Porque, añadió el Señor, debes saber, ¡oh hombre! que en donde está tu tesoro allí se encuentra también fijo tu corazón (3).

Todo este discurso parábólico y figurado tiene una relacion evidente con la parábola en la que, segun el mismo San Mateo, el Señor dijo: El reino de los cielos es semejante á un tesoro enterrado en un campo, que un hombre llega á descubrir, y que vuelve á enterrar con cuidado, hasta que despues de vender todo cuanto poseia, y á precio ó riesgo de quedarse sin nada, adquiere el campo y el tesoro que encierra (4).

¡Qué discurso!..... ¡Qué alegoría! Ambos son para nosotros el campo precioso que contiene el rico tesoro de las más saludables doctrinas. No separemos, pues, el discurso de la parábola, é interpretemos la una con el auxilio del otro.

En el sentido místico y espiritual, el verdadero reino de los cielos es el mismo Jesucristo, que por su presencia en los cielos produce la gloria y la felicidad de los santos. El reino de los cielos es comparado á un tesoro escondido, porque, dice San Jerónimo, el Verbo Eterno por su encarnacion se ha ocultado en nuestra humanidad (5), y por eso, tantos siglos ántes, el Profeta le habia saludado como al Dios profundamente escondido ú oculto (6).

(1) Nolite thesaurizare vobis thesauros in terra, ubi ærugo et tinea demolitur et ubi fures effodiunt et furantur. (*Matth.*, vi.)

(2) Thesaurizate autem vobis thesauros in celo, ubi neque ærugo neque tinea demolitur, et ubi fures non effodiunt nec furantur. (*Ibid.*)

(3) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (*Ibid.*)

(4) Simile est regnum cœlorum thesauro abscondito in agro quem qui invenit homo abscondit, et præ gaudio illius vadit et vendit universa quæ habet et emit agrum illum. (*Matth.*, xvii.)

(5) Thesaurus absconditus est Verbum in carne. (*S. Hieron.*)

(6) Vere tu es Deus absconditus. (*Is.*, xlv.)

Pero en el sentido moral y anagógico el reino de los cielos es también otra cosa. Servir á Dios es desde luégo reinar con Dios y en Dios (1). El reino de los cielos, de que con tanta frecuencia habla el Señor en su Evangelio, no es, pues, solamente la eterna bienaventuranza; es además el conjunto de los medios necesarios para obtenerla; no es sólo la posesion y el goce de Dios en la vida venidera, sino también el servicio de Dios y la felicidad de poseerle por la gracia, en el seno de la verdadera Iglesia, en la vida presente (2).

Esto supuesto, considerad que un tesoro es lo que los avaros aman más, y lo que prefieren á todo, que no lo confían á nadie, y que quieren tener siempre consigo. ¿Qué quiso, pues, decir el Señor cuando dijo que servir á Dios y salvarse es un tesoro? (3). Quiso, dice Haymon, inculcarnos por medio de una figura sensible que nuestro pensamiento más serio y más constante, nuestro negocio más importante, nuestra ocupacion más asidua, el objeto más precioso para nosotros, y el más querido de nuestro corazón, debia ser el servicio de Dios, el beneplácito de Dios, la esperanza de obtener su gracia, y de poseerle algun día en la gloria (4).

Además no se busca, no se desea un tesoro por lo que vale en sí, sino porque en el orden de las cosas corporales y humanas con el oro se puede comprar todo, y con el oro se tiene todo (5). Del mismo modo en el orden espiritual y divino la adquisicion y la posesion de todos los bienes dependen únicamente del celo en servir á Dios y salvarse.

Jesucristo nos ha dicho en este día: En donde está el tesoro del hombre, allí debe encontrarse su corazón: se halla allí cautivo, y por decirlo así, como clavado. Si el corazón de los que aspiran á la posesion de las riquezas, de los honores y de los placeres de acá abajo está sepultado en la tierra, en el fango y en la inmundicia, esos dichos cristianos que no respiran más que por el servicio de Dios, por su salvacion y por la adquisicion del

(1) Servire Deo regnare est. (*Liturg. Eccl.*)

(2) Cœlorum regnum presentis temporis Ecclesiæ dicitur.

(3) Simile est regnum cœlorum thesauro.

(4) Illarum rerum similitudinem adhibuit quas homines plurimum diligere solent; ut cœlestem Dei gloriam adamandam doceret.

(5) In pecunia continentur omnia.

cielo, tienen siempre fijo su corazón en Dios y con Dios; siempre retirado en las alturas del cielo. En donde está vuestro tesoro allí se encuentra vuestro corazón (1).

¿Quién podría imaginar y mucho menos explicar las riquezas inefables que allí se encuentran? ¡Dichoso el que, cansado del bullicio del mundo, desengañado de sus funestos placeres, huye á los campos, corre á buscar en la soledad del corazón, en el silencio de las pasiones, las riquezas de la gracia, el dulce reposo que proporcionan las conversaciones divinas, la felicidad de gustar cuán dulce es el Señor!..... La fe le inunda con sus luces, la esperanza le eleva sobre los objetos creados, la gracia le alimenta, la unción divina le consuela, el amor divino que llena su corazón le mantiene estrechamente unido al soberano bien: entonces reina una grande calma en su espíritu, y un profundo recogimiento absorbe todo su ser intelectual y sensitivo: parecería que el cielo baja, el hombre llega á ser semejante á un ángel terrestre ó á un elegido del cielo: Dios se abate ó se baja hasta conversar familiarmente con su criatura: Dios se muestra á ella bajo un velo, pero un velo diáfano, á través del cual el alma le percibe sin verle claramente, le reconoce y oye su suave voz, que le dice en el secreto del corazón: «Vén, tócame; pon tus dedos en mis llagas; tu mano en mi costado; acerca tus labios; gusta las delicias inefables que tienen su origen en estas marcas de mi dolor. Me hice Niño para que me tomases en tus brazos, y me he hecho Hombre para que puedas verme.» Y al hablar así se entrega á ella todo entero, se une á ella, se abandona á ella, para ser poseído de ella del mismo modo que la posee. Mi bien amado está en mí, y yo estoy en él (2). ¡Imaginad, si podeis, esa riqueza, esa afluencia de tanto bien!..... El ser creado inteligente, el hombre carnal, el hombre débil y miserable, ¿puede ser más rico, más afortunado, más dichoso?..... Tal es el tesoro celestial de los que en la tierra no buscan más que á Dios, cuyo corazón es todo de Dios, y está en Dios y con Dios.

Pero Jesucristo nos añade que ese rico tesoro está enterrado en un campo (3), porque, dice San Hilario, las riquezas de la

(1) Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. (*Matth.*, VI.)

(2) Dilectus meus mihi et ego illi. (*Cantic.* II.)

(3) Thesaurum absconditum in agro.

esperanza y de la gracia, que forman todo el consuelo y la riqueza del justo, están depositadas en su corazón con el Dios que es su principio (1). Y por eso Jesucristo dijo además: «El reino de Dios, el de su gracia, está en vosotros y con vosotros» (2).

Ese tesoro está escondido, añade el venerable Beda, porque á diferencia de los tesoros terrestres que dejan ver lo que tienen de atractivo y de precioso, mientras que ocultan lo que tienen de vano, innoble, inquietante y amargo, el tesoro celestial, por el contrario, no muestra en lo exterior más que la soledad en que se encuentra, las espinas que le cubren, las privaciones, las penalidades, los sacrificios necesarios para encontrarle y para conservarle después de haberle hallado; pero oculta todo lo que encierra de grande, precioso, dulce y atrayente (3). Hé ahí por qué también en el Apocalipsis es llamado un maná oculto, cuya dulzura espiritual no es conocida ni comprendida sino por el alma que la posee escondida en su seno (4). El apóstol San Pablo ha dicho también en el mismo sentido: «El hombre terrestre, el hombre animal, el hombre *bestia*, no comprende ni conoce las secretas riquezas, las operaciones inefables del espíritu de Dios en el hombre: á sus ojos, la vida triste, solitaria, humilde, oscura, pobre, mortificada y penitente de los verdaderos cristianos, no es más que necedad y absurdo» (5).

Así es, que todos los días oímos á esos hombres terrestres, á esos hombres que no son más que una masa de materia, á esos hombres cuya alma está, por decirlo así, concentrada en el vientre, exclamar: «¡Qué lástima, una jóven tan bella! ¡Qué estupidez, un jóven tan distinguido, tan rico, de tan brillante porvenir haber ido á sepultarse en el polvo de un claustro!» Para ellos no hay en ese acto más que estupidez; no comprenden nada de él: *Stultitia enim est illi, neque intelligit.*

Entre tanto, esos verdaderos cristianos, aunque pobres, abyec-

(1) Per similitudinem thesauri absconditi in agro spei nostræ opes intra se positas ostendit. (*S. Hilar.*)

(2) Regnum Dei intra vos est. (*Luc.*, XVII.)

(3) Regnum cœlorum thesauro abscondito comparatur; quia ejus divitiæ nondum omnibus manifeste apparent. (*Vener. Bed.*)

(4) Manna absconditum quod nemo scit nisi qui accipit. (*Apoc.*, II.)

(5) Animalis homo non percipit ea quæ sunt spiritus Dei; stultitia enim est illi, neque intelligit. (1, *Cor.*, II.)